

ACERCA DEL MIGRAR

Ana Rozenbaum¹

La clínica de ayer, de hoy y de siempre lleva a enfrentarnos con sucesos biográficos potencialmente traumáticos, tal como puede llegar a ser la migración en la historia de muchos sujetos. Acontecer tal vez hasta cierto punto descuidado, considerando que el pasado migratorio aparece como un elemento tan constante y tan habitual, que quizás se le restó la importancia y la especificidad necesaria, convirtiéndolo en un rasgo universal. ¿Acaso muchos de nosotros mismos, como analistas, no estamos también atravesados por historias de migraciones?

Y si bien la migración es un fenómeno recurrente y tan antiguo como la humanidad, el tema no deja de irrumpir con insistencia en la clínica, inundando la intimidad de los consultorios psicoanalíticos y revelando sus efectos.

Lo cual lleva a preguntarnos: ¿Qué consecuencias lega la migración, la de uno en sí mismo, o la de los padres a las generaciones subsiguientes?

Tal vez se hace necesario aclarar a través de una breve referencia histórica, acerca de que migraciones nos estamos refiriendo, ya que, en lo que concierne a nuestro país están descritas dos grandes corrientes inmigratorias. Una de ellas es la que llegó de Europa hacia fines del siglo XIX y principios de XX. Se trataba en ese caso de personas marginadas, campesinos, o con oficios heredados a través de generaciones, que querían cambiar su futuro. La otra corriente inmigratoria se produjo en la primera mitad del siglo XX como consecuencia de las dos guerras mundiales, y este era un contingente que llegaba en busca de un lugar que les restableciera la identidad y les permitiera desarrollarse en paz. Eran también marginados y desposeídos, pero además, se trataba de seres maltratados por la violencia social.

Tanto los unos como los otros concentraron sus esfuerzos en la supervivencia, en borrar rastros de sufrimientos pasados; el objetivo estaba puesto en el trabajo y en los hijos, que debían llegar a ser profesionales respetados en la nueva tierra.

Los de la primera inmigración, pudieron mantener un pasado hasta cierto punto idealizado, que siguió funcionando como ideal perdido, solían recordar con nostalgia su lugar de origen y las pérdidas sufridas, pudiendo así reparar con el relato parte del desarraigo. Pero los de la segunda corriente inmigratoria –víctimas o victimarios de ambas guerras-, establecieron como pauta, en su gran mayoría, el silencio, manteniendo así el pasado negado, representante de lo siniestro, lo no pensable y lo no decible; En un vano intento de

¹ Ana Rozenbaum
Cabello 3565 10 B 4802 8524 anarozenbau@gmail.com

preservar a sus hijos de todo dolor, estimularon el conocimiento hacia fuera, pero anulando en cambio, el conocimiento hacia el adentro de la historia familiar.

Estos diversos modos de tramitar la migración quedan inscriptos en el discurso familiar y se transmiten a los descendientes.

También las condiciones del lugar al que arribaron los unos y los otros iban a modificarse, ya que los primeros inmigrantes llegaron al país del aforismo alberdiano: *"Gobernar es poblar"*. Particularidad que iba a interrumpirse ya en la primera década del siglo XX, época en que se da por finalizada la política migratoria, por lo tanto, las circunstancias con las que se encontraron los del segundo gran contingente, que llegaba huyendo de las persecuciones de regímenes totalitarios, iban a ser muy diferentes, ya que no sólo no se favoreció su ingreso, sino que además se lo obstaculizó en muchos casos, motivo por el cual, muchos de ellos tuvieron que ingresar al país clandestinamente, y hasta con nombres cambiados y documentos falsificados.

Vaya toda esta evocación a modo de alegato, para que el juicio se tiña de indulgencia, a la hora de comprender a esos seres humanos que hicieron lo que pudieron, cautivos como estaban en el dolor de sus trágicas historias.

Porque es preciso reconocer que el sujeto que se enfrenta a una situación de la naturaleza de una migración, queda expuesto a un fenómeno extremadamente complejo, que no sólo pone en evidencia, sino también en riesgo la identidad, ya que entre los factores determinantes de la identidad, el lugar de origen adquiere una importancia casi-genética, tal como la raza, la lengua o la cultura. Metáfora habitual en el lenguaje popular, expresiones como "tierra de adopción" o "país adoptivo", son muy frecuentemente usadas en las referencias a personas cuyas vidas transcurren fuera de su país de origen.

Todo inmigrante necesita un *"espacio potencial que le sirva de lugar y tiempo de transición"* entre el sitio de origen y el nuevo, que le brinde la posibilidad "de vivir la migración como un juego", que respete la ilusión de *"lo encontrado-creado"*. Es decir, todo inmigrante necesita encontrarse con una madre tierra *"suficientemente buena"*.

Finalmente, como está en condiciones de confirmar cualquier sujeto que haya atravesado por esa experiencia, una vez que alguien ha dejado su hogar, a cualquier lugar donde vaya a parar, no puede limitarse a reanudar la vida y convertirse si más en otro ciudadano del mismo lugar. Porque migrar es algo más que el mero hecho de trasladarse de un lugar a otro, cualquier migración revela de que se pone en juego un proceso previo de separación, y uno ulterior de adaptación. Se cuestiona en el sujeto la continuidad de sí mismo, la organización de identificaciones e ideales, y sus lazos de pertenencia a grupos.

Y como las "certidumbres" de la identidad se suelen desmoronar en momentos críticos de la vida, la migración se constituye en un tiempo privilegiado para ello, cual suceso que viene a perturbar una frágil armonía que se cría lograda.

En el vaivén de la historia, la migración cada tanto cambia de puerto, porque como dijera H. Arendt: *"La historia es un relato que no cesa de comenzar"*.

A medida que fueron pasando los años, nacieron generaciones de ciudadanos argentinos descendientes de aquellos que, alguna vez *"descendieron"* de los barcos. Y los avatares político-sociales-económicos, que cada tanto atraviesa cada lugar, también podría llevar a la clínica a enfrentarse al juego dialéctico entre el antes y el después, es decir, al dilema del entre los antepasados que vinieron y los descendientes que se van, aún a sabiendas de que a cualquier lugar de la tierra donde vayan a parar, se expondrán a transformarse en extranjeros, como alguna vez lo fueron aquellos que los precedieron. Y como la urgencia de los hechos puede encubrir y confundir, y como en su mayoría, son los jóvenes los que se ponen en situación de partir, se hace necesaria cierta reflexión.

Porque podría tanto tratarse de una actuación adolescente centrada en las dificultades de las transformaciones pensamiento-fantasía-acción, como también desencadenarse por los intentos de una exogamia forzada, como asimismo responder a una falaz ilusión de *"renacimiento"*, en el sentido de encontrar y habitar finalmente la *"tierra prometida"*.

¿O será que se trata más bien, de un recurrente sacrificio generacional exigido por aquello que quedó sin elaborar?

Y como en todo momento crítico, emergerán e insistirán las cuestiones de la transmisión, los interrogantes acerca de con qué fuerza funcionan en cada uno las identificaciones con figuras y con mitos del pasado, lo cual incluye el efecto del desarraigo, sus duelos y culpas en cada familia. Es el preciso momento en que se instaura la incertidumbre sobre los vínculos, los valores, los saberes y los amores.

Y resurge la importancia de la construcción de una historia familiar con la rememoración de los acontecimientos míticos fundadores, como un modo de reintegrar el acontecimiento actual, a la creación inicial.

A la ruptura provocada por la posibilidad de la migración se contrapone al anhelo de continuidad y amparo, se hace presente la dimensión temporal de la existencia, y se recuerda el paso del tiempo.

Y aparecen consecuencias en la estructura familiar, se crean nuevos reagrupamientos, se movilizan los complejos (los de Edipo, los fraternos), y surgen sentimientos de hostilidad hacia quienes parten, y ambivalencia de quienes se van con respecto a los que se quedan. Un recíproco trabajo de duelo se efectúa en el que parte y en el que es abandonado. Y como todo duelo, se acompaña de rituales de partida, cenas de despedida, el abrazo en el aeropuerto.

La propuesta de articular la historia individual con la historia colectiva, cumple con el objetivo de ampliar el escenario, para llevar a cabo una lectura dialéctica, ya que no podemos reducir los elementos explicativos solo a factores intrapsíquicos, ni tampoco realizar una reducción inversa, limitándolos a causas socio-culturales. Aunque, en ocasiones, los

condicionamientos suelen ser tan poderosos, que se hace difícil distinguir entre los elementos psíquicos singulares, y los elementos aportados por una época, propiciatoria de determinadas configuraciones subjetivas y no de otras.

Hace casi cien años Freud dijo: *“Disposición y azar determinan el destino de un ser humano, rara vez, quizás nunca, lo hace uno solo de estos poderes”* (S.Freud - 1912).

Habría que renunciar a las certidumbres y aceptar el carácter conjetural de las hipótesis, reconociendo que elementos azarosos, desconocidos, han sumado su influencia en el actual orden de cosas, globalización mediante.

Para terminar, recordemos que Freud, quien murió en el exilio, al escribir a Eitington a pocos días de haber llegado a Londres, terminó la carta diciendo: *“Al sentimiento de triunfo que experimento al vernos en libertad se suma un porcentaje excesivo de tristeza, pues, a pesar de todo, yo amaba grandemente la prisión de la que me han liberado”*, dando cuenta así, del doloroso significado de la experiencia.

Resumen:

El sujeto que se enfrenta a una situación de la naturaleza de una migración, queda expuesto a un fenómeno complejo que pone en riesgo la identidad. Se cuestiona en el sujeto la continuidad de sí mismo, la organización de identificaciones e ideales, y sus lazos de pertenencia a grupos.

Nos interrogamos acerca de las consecuencias que lega la migración, la de uno en sí mismo, o la de los padres a las generaciones subsiguientes.

Como también si las migraciones de las nuevas generaciones obedecen tan sólo a causas socio-políticas-económicas, o bien a un recurrente sacrificio generacional exigido por aquello que quedó sin elaborar.

Descriptores:

Migración – Trauma – Transmisión generacional